

Solo los niños y jóvenes que se sientan seguros son capaces de avanzar saludablemente por el camino de su desarrollo

Maslow

La convergencia en la crianza

Las acciones de la crianza en los niños y jóvenes se dirigen a la socialización, la cual consiste en aprender a ser, aprender a conocer, aprender a hacer y aprender a convivir. Como es bien sabido, toda crianza es basada en la experiencia, es empírica, y suele oscilar entre la permisividad y el autoritarismo.

El discurso *Crianza humanizada* del Grupo de Puericultura de la Universidad de Antioquia también pretende la socialización a partir de acciones basadas en la experiencia y analizadas en el contexto del método científico. Sus herramientas fundamentales son la construcción y reconstrucción permanente de seis metas de desarrollo humano integral y diverso: autoestima, autonomía, creatividad, felicidad, solidaridad y salud.

Esta construcción y reconstrucción se hace a todo lo largo de la vida y es bidireccional, esto es, al mismo tiempo que los niños y jóvenes están en el proceso, los adultos acompañantes están en lo mismo: construcción y reconstrucción de sus metas de desarrollo.

Lo que distingue a los discursos de crianza se relaciona con las herramientas para ejecutar las acciones, pero todos, todos, convergen en que la herramienta por excelencia es el fortalecimiento de la autoestima. La autoestima, que se construye desde antes del nacimiento, pues se ancla en la autoestima de los futuros padres, es la base de la construcción de las demás metas de desarrollo. Si las acciones de crianza se hacen fundamentalmente con permisividad o autoritarismo, es muy posible que los niños y jóvenes sujetos de crianza construyan una baja autoestima.

Si por el contrario, la crianza se hace entendiendo claramente quienes son los niños y jóvenes y por cual etapa de desarrollo atraviesan; que ellos son los gestores de su desarrollo y que los adultos somos sus modelos y no sus moldeadores; y además se hace con firmeza, *buentrato*, justicia, respeto, amor con límites; y sin maltrato, sobreprotección, sobreexigencia y autoritarismo, hay una mayor probabilidad de construir una alta autoestima en todas las edades, lo cual hace más posible tejer una

buena resiliencia, es decir, una mayor probabilidad de tener éxito en medio de la adversidad.

Resiliencia en la niñez y la juventud

Álvaro Posada Díaz

Pediatra puericultor

Profesor

Universidad de Antioquia

El vocablo resiliencia se origina en el latín del término *resilire* que significa *volver atrás, volver de un salto*. Se registra en los diccionarios en inglés en el campo de la física como *resilience/resiliency*, definido como la *capacidad de un material para recuperarse, retroceder o reasumir su tamaño y su forma original luego de ser comprimido, doblado o estirado*, es decir, es una *cualidad de los materiales consistente en la capacidad para responder a los choques*. En castellano aún no es recogido por el Diccionario de la Lengua Española, pero sí por diccionarios que recogen neologismos, como el Larousse, el cual la define como el *índice de resistencia al choque de un material*.

A pesar de que esta capacidad debe ser tan antigua como la misma humanidad, en el terreno de las ciencias sociales sólo se introdujo desde el decenio del ochenta en los estudios de campo para explicar la extraña paradoja de la capacidad de recuperación y desarrollo adecuado de hasta un tercio de los niños luego de que colectivos o individuos son sometidos a situaciones de estrés, siempre con la implicación de recuperación de algo que sucedió; sirve pues, para caracterizar aquellas personas que a pesar de nacer y vivir en situaciones de alto estrés se desarrollan psicológicamente sanas y exitosas. En estos estudios se encontró que para el resultado de desarrollo humano ante estas situaciones había *factores de riesgo y factores protectores*.

El desarrollo humano en este contexto se da en la relación entre factores de riesgo, experiencias positivas, vulnerabilidad y factores protectores, concepto que permite entender que es necesario identificar los factores de riesgo y protección, en tanto éstos permiten predecir resultados negativos o positivos en el proceso de desarrollo del niño y el joven, y por lo tanto planear y ejecutar intervenciones en un momento dado para disminuir los factores de riesgo y la vulnerabilidad y así aumentar las experiencias positivas y los factores de protección en aras de promover la resiliencia.

Más recientemente, el término ha sido adoptado y adaptado por la puericultura, en especial por discursos de crianza como ***Crianza humanizada*** del Grupo de Puericultura de la Universidad de Antioquia, aplicando el fomento de la resiliencia en la cotidianidad del crecimiento y el desarrollo, independientemente de si los niños y jóvenes están sometidos a situaciones adversas extremas.

La resiliencia tiene dos componentes: capacidad de resistencia a la destrucción en situaciones adversas y capacidad de construcción de un desarrollo humano sano, por lo que la definición que se utilizará es la de Grotberg: capacidad humana universal para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas o incluso ser transformado positivamente por ellas, es decir, la capacidad de tener éxito en la aventura de la crianza con adversidades o sin ellas, en los escenarios en que se desenvuelven los niños y los jóvenes: la familia, la escuela y la sociedad.

Crianza humanizada

La crianza es la acción y efecto de criar, que es instruir, educar y dirigir a niños y jóvenes. La crianza empieza por el establecimiento de vínculos afectivos y es, todo el tiempo, establecimiento de vínculos, que propenden a la construcción de aprendizajes conscientes e inconscientes que resultan de las interacciones a lo largo de la vida —socialización— de los sujetos de crianza, esto es, los niños y jóvenes, en una relación de doble vía, pues al mismo tiempo los puericultores —los adultos actores en la crianza— están modificando su propio desarrollo.

El Grupo de Puericultura de la Universidad de Antioquia durante los últimos diez años ha construido un discurso de crianza —crianza humanizada—, que como todos, empieza en la puericultura empírica, se apoya en la puericultura científica y regresa a la empírica, y, de ésta, otra vez, y siempre, en un eterno ir y venir, a la científica.

Si se habla de crianza humanizada es porque hay la sensación generalizada de que hay un modo de *crianza que no es humanizada*. Toda crianza es empírica, es decir, basada en la experiencia; si la relación se hace con un telón de fondo que incluya maltrato, desamor e irrespeto, la crianza empírica se puede convertir en no-humanizada; si por el contrario, el telón de fondo incluye *buentrato*, ternura y respeto, hay una enorme posibilidad de que la crianza sea humanizada.

La crianza humanizada se diferencia de la empírica en que ésta se ocupa sólo de cómo es el mejor modo de actuar con los niños, mientras que aquélla, además, se ocupa, y fundamentalmente, de cómo relacionarse con los niños.

El pilar fundamental de la crianza humanizada, que lo diferencia de los demás discursos de crianza, es el planteamiento de que en la relación de crianza los niños y los jóvenes, y también los puericultores, deben construir y reconstruir permanentemente como gestores de su propio desarrollo, seis metas de desarrollo humano integral y diverso: autoestima, autonomía, creatividad, felicidad, solidaridad y salud.

En esta construcción, como en los actos de crianza, los puericultores deben ser **capaces, seguros y firmes**, por medio de una acción fundamental, la de servir de modelos permanentes y eficientes, recordando que modelo significa *arquetipo o punto de referencia para imitarlo o reproducirlo*, y modelar, *ajustarse a un modelo*.

Metas de desarrollo

Todos aquellos que se comprometen con los niños, ejercen su trabajo para la construcción de las metas del desarrollo humano integral y diverso consideradas como más importantes: autoestima, autonomía, creatividad, felicidad, solidaridad y salud, las que los niños construyen cotidianamente, no sólo como objetivos para la adultez, sino también, y muy específicamente, para cada etapa de la niñez.

O sea, que deben ser consideradas como metas del proceso, y como metas finales del desarrollo, en consonancia con cada período, ambiente y momento histórico determinados. La construcción de las metas mencionadas está en relación directa con los componentes biológicos, psicológicos y sociales del desarrollo, los cuales deben estar armónicamente interrelacionados. Además, el puericultor debe ser consciente de la reconstrucción permanente de sus propias metas en el proceso de crianza de niños y jóvenes.

La autoestima se define como lo que cada persona siente por sí misma, su juicio general acerca de sí. Significa dignidad, querer a sí mismo, amor propio, saberse valioso y saberse útil. Es la meta de desarrollo cuya construcción es la base de todas las demás. La autonomía es gobernarse a sí mismo, es llegar a pensar por sí mismo con sentido crítico, es ser capaz de elegir. Significa, por lo tanto, ejercicio de la libertad, preparación para la toma de decisiones y responsabilidad en todos los actos de la vida. La creatividad es la capacidad de crear en lo personal, lo familiar, lo artístico, lo científico y lo social para transformar la realidad por medio de la solución de problemas.

La felicidad es la conformidad gozosa con lo que se es y no solo con lo que se tiene; es, según Fernando Savater, un estado, una sensación y un sentimiento de afirmación vital, en el que el buen humor, entendido como la posibilidad de cambiar la tragedia en comedia, es un elemento central. La solidaridad es el sentimiento que impulsa a las personas a prestarse ayuda mutua, es la promoción de lo colectivo antes de cualquier otra consideración, que se traduce en la primacía del nosotros sobre el yo, que puede ser considerada como sinónimo de fraternidad, adhesión, ayuda, apoyo, concordia y devoción. Es decir, lo mejor del sentimiento humano al servicio de los demás.

La salud es la posibilidad del ejercicio pleno del proceso vital humano, y no solo la ausencia de enfermedad, como tradicionalmente se cree. Es pues, una meta que

engloba todas las demás y se apoya en ellas, pues el individuo que se quiere a sí mismo, que se gobierna a sí mismo, que es capaz de resolver problemas, que está contento con lo que es y lo puede compartir con los demás, es capaz de ejercer su proceso vital.

Fomento de la resiliencia

La evidencia empírica indica que los niños resilientes han manifestado tener las siguientes características:

- Vínculos afectivos seguros y sólidos
- Adecuado comportamiento social
- Regulación afectiva
- Capacidad de resistencia en situaciones desafiantes
- Orientación hacia los recursos sociales
- Habilidades de conocimiento

Los estudios sobre resiliencia indican claramente que este concepto que a la vez es una herramienta para la acción es una capacidad universal que puede ser construida, fomentada y vigorizada en la relación de crianza en los distintos escenarios en los que ésta se da: la familia, que es el principal, la escuela y la sociedad, teniendo muy presente que dado que es un proceso dinámico, es necesario entender que la resiliencia no es una capacidad absoluta ni estable, sino que por el contrario evoluciona a lo largo del tiempo, según las interacciones de los distintos factores promotores en las distintas fases del proceso vital humano.

En la crianza humanizada, alejándose de la idea con la que se comprende en otros contextos, como la de algo que ya pasó y dejó una huella que hay que resolver, el término resiliencia se entiende en el terreno de la promoción y la prevención, como instrumento de acción, tendiente en el campo de la *promoción* al desarrollo de las potencialidades individuales, colectivas y del entorno dirigido a la consecución de una mejor calidad de vida; y en el de la *prevención*, a las acciones para evitar que aparezcan consecuencias indeseables.

Se trata pues, de introducir la resiliencia como instrumento potenciador activo desarrollado y fortalecido intencionalmente en la relación de crianza, la cual en este contexto se debe entender como dirigida a la socialización de niños y jóvenes resilientes.

Teniendo en cuenta lo expuesto, para lograr el fomento de la resiliencia se debe acompañar a los niños y jóvenes inteligentemente —ilustradamente, con conocimientos— y afectuosamente —con amor, con ternura— en la construcción de las metas de desarrollo. No se pretende el suministro de una herramienta perfecta que funcione como un dispositivo mecánico: pulse el botón A y obtendrá el efecto B; no, la crianza no se basa en ecuaciones.

El propósito de esta propuesta es el de sugerir a los puericultores un modo distinto de analizar los asuntos de la crianza, lo que implica que muchos de los detalles deberán complementarse de acuerdo con cada situación específica, pues la resiliencia no es una varita mágica, sino que es fuente de inspiración para nuevos modos de acción, nuevas perspectivas y nuevas esperanzas, de tal modo que se viva la crianza en función del fomento de la resiliencia.

En resumen, si se tiene en cuenta que el acompañamiento a los niños y jóvenes no es un acto de caridad, y tampoco es su desarrollo una cuestión meramente técnica, la resiliencia abre un abanico de posibilidades, en tanto enfatiza las fortalezas y aspectos positivos de los seres humanos y más que centrarse en los problemas que mantienen las condiciones de alto riesgo para el desarrollo, se preocupa de observar aquellas condiciones que posibilitan un desarrollo más sano y positivo, de tal modo que teniendo en cuenta las características individuales, la naturaleza de la familia, disponibilidad de fuentes de apoyo externo como clima educacional abierto y con límites claros, es posible participar en la construcción de las metas de desarrollo humano de todos los actores de la crianza como un método de fomento de la resiliencia, con la esperanza de que algún día esta actitud sea el camino de la convivencia, de la paz.

Lecturas recomendadas

Munist M, Santos H, Kotliarenco, MA, Suárez EN, Infante F, Grotberg E. *Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes*. Washington, OPS/OMS/Kellog/ASDI, 1998.

Posada, Á, Gómez JF, Ramírez H (editores). *El niño sano*. 2a. ed., Medellín, U. de A., 1998.

Silva G. *Resiliencia y violencia política en niños*. Fundación Bernard van Leer. Buenos Aires, Artes Gráficas del Sur, 1999.

Wolin SJ, Wolin S. *The resilient self: how survivors of troubled families rise above adversity*. New York, Villard Books, 1993.